

DIKAIOSYNE No. 9
Revista de filosofía práctica
Universidad de Los Andes
Mérida – Venezuela
Diciembre de 2002

LA CRISIS VENEZOLANA

*Alexis Márquez Rodríguez**

Universidad Central de Venezuela

grealemar@cantv.net

Hace cinco o diez años, cuando alguien decía que la crisis que vivía nuestro país era la peor de su historia, muchos lo poníamos en duda. Lo atribuíamos a nuestra vieja tendencia a la exageración y a la ancestral propensión apocalíptica de los venezolanos, que pareciéramos regocijarnos masoquistamente en dolernos de nuestros propios males. Hoy, pocos en nuestro país, si los hay, dudan de esa catastrófica realidad. En lo que llevo vivido, y ya son unos cuantos años, nunca había visto una situación semejante, y por lo que conozco de nuestra historia, a través de la lectura de muy diversos historiadores y cronistas, jamás se había producido en Venezuela una crisis tan generalizada y tan profunda. Crisis que abarca todos los aspectos: la economía, la política, la cultura, la educación, la salud, la moral, y cuya gravedad va mucho más allá de lo que se vio en el pasado. Y conste que siempre he tenido, entre quienes me conocen, fama de optimista. Y sigo siéndolo, porque mantengo una fe enorme en el ser humano, y en particular en el venezolano, que, obviamente, es el que mejor conozco.

Estoy consciente de lo terrible de nuestra realidad que no es, sin embargo, la peor de nuestro Continente, pero tengo la firme convicción de que los males que actualmente padecemos, nuestra cuota de penurias que hoy sufre toda la humanidad, son necesariamente

* Doctor en Literatura. Profesor de la Universidad Central de Venezuela. Lingüista, escritor, miembro de la Academia Venezolana de Letras, Director durante largos años de Monte Ávila Editores. Autor de libros y numerosos artículos publicados en medios impresos y electrónicos.

pasajeros, y que hemos de encontrar para ellos las soluciones adecuadas, aunque no sepamos cuánto tiempo tardaremos en lograrlo. Y si bien, por razones de edad, los hombres y mujeres de mi generación seguramente no alcanzaremos a vivir en el reino definitivo de la justicia y la prosperidad sobre la Tierra, y en particular sobre nuestro país, estoy igualmente convencido de que nuestros hijos, o los hijos de nuestros hijos, conquistarán algún día ese ansiado clima de paz, progreso y justicia con que todos hemos soñado. Mientras tanto, nos toca seguir luchando por que así sea, cada quien en el ámbito de su competencia y de acuerdo con su capacidad y su inteligencia.

Nuestra crisis actual no es, en efecto, exclusiva. El mundo entero atraviesa por una muy grave crisis general, cuya severidad tiende a hacer tambalear ésa nuestra fe en el hombre, y sobre todo a hacernos pensar que el ser humano no es tan inteligente y perfecto como siempre se ha creído. Mas se trata de un sentimiento transitorio, de caída pero no de derrota. Al cabo de toda manifestación de desesperanza se impone aquella primera convicción, y sale incólume la confianza de que la humanidad ha de hallar algún día el camino justo y acertado.

Esa crisis mundial se manifiesta en la zozobra, la irracionalidad, la perfidia y la ineptitud que impera en todas partes, y que ha hecho que la miseria, el hambre, la ignorancia, la injusticia, el desempleo, las enfermedades, no sólo no hayan disminuido en el mundo, sino que hayan aumentado hasta límites inauditos. Y ello no sólo por motivos ajenos a la voluntad de los seres humanos, sino en gran medida por sus errores y su incapacidad para hacer que los logros de la civilización y la cultura —paradójicamente también en aumento— hayan servido para mejorar la calidad de vida sobre toda la Tierra. Es inconcebible, por lo absurdo, que una humanidad capaz de alcanzar los enormes progresos que hemos experimentado en diversos campos de las ciencias, de la técnica y de las artes, no lo haya sido al mismo tiempo para eliminar, ni siquiera para disminuir aunque sólo fuesen el hambre y las enfermedades.

Parte de esa crisis, como ya dije, nos toca a los venezolanos, como es natural. Desgraciadamente, a esa cuota que inevitablemente nos viene de afuera, como integrantes que somos de un mundo enfermo, agregamos nuestros propios males, producto, no de las circunstancias externas en medio de las cuales vivimos, sino de nuestro propio

comportamiento, de nuestros errores y estupideces, que agravan los males primigenios. Sin que esto signifique, no obstante, que somos el peor país del mundo, como algunos pretenden hacernos creer.

No abrigo la menor duda de que esta terrible crisis que padecemos es, en un alto grado, responsabilidad directa del gobierno que hoy tenemos. Al margen del hecho de que se trata de un gobierno legítimo, en el sentido de ser producto de unas elecciones democráticas que, más allá de errores y vicios, fueron inobjetables, y en las cuales el actual presidente obtuvo una gran mayoría, su gestión gubernamental ha estado signada por un inmenso cúmulo de vicios, errores y fallas, que han dado paso a un verdadero estado de ingobernabilidad cercano al caos, como nunca antes se había dado. Todo lo cual, a su vez, ha generado un clima de confusión y desasosiego, que, naturalmente, tiende a agravar aún más la situación.

El problema no es ideológico

Sin embargo, el problema que hoy plantea este gobierno errático y desnortado no es ideológico, como algunos sectores de la oposición pretenden hacer ver. No tengo ningún inconveniente en decir que en lo esencial comparto buena parte de las ideas del Presidente. Muchas de ellas se parecen bastante a lo que siempre he soñado para mi país y para el mundo. Pero no se trata de una ideología propiamente, entendida ésta como un sistema de ideas orgánico, global, coherente, una doctrina a través de la cual se perciba y se interprete el mundo y la vida humana, y en concordancia con ella se actúe en las actividades y funciones que todo ser humano debe cumplir, que en el caso del Presidente son delicadas actividades y funciones de gobierno.

En el pensamiento del Presidente concurren ideas muy diversas, pero claras, que sin embargo no llegan a formar una doctrina o una ideología como lo acabo de definir. De modo que, desde este punto de vista, el Presidente no es marxista, ni socialista, ni comunista, ni socialcristiano, ni fascista, ni socialdemócrata. Su pensamiento revela más bien una gran confusión, como se ve con frecuencia en sus expresiones de carácter religioso o político. Tiene, eso sí, una gran sensibilidad social, y cree sinceramente en la necesidad y en la posibilidad de construir una sociedad donde no reinen las injusticias, donde no haya

pobreza, donde la inevitable división de la sociedad en clases no implique que una minoría poderosa, que lo tiene todo, explote el trabajo y se enriquezca a costa de la gran mayoría, que no tiene nada. Se trata, en él, de un pensamiento aluvional, un conjunto de ideas que se le han ido incubando de manera espontánea, sin coherencia ni sistematización. Ideas que no han sido, además, producto del estudio ni de la meditación, sino más bien del sentimiento y de la intuición. En el fondo responden a un impulso romántico, igualmente intuitivo. Esto se percibe claramente en sus discursos, en su empeño en no escribir los que debe pronunciar en diversas circunstancias, prefiriendo improvisar en cada ocasión. De ahí que estos discursos estén llenos de ideas, y aun de decisiones de gobierno que aparecen de improviso, como ocurrencias que van saliendo al hilo de lo que va diciendo.

El examen desapasionado de las principales decisiones de gobierno del presidente Chávez muestra que muchas de ellas son justas y acertadas. Incluso en los famosos decretos con fuerza de ley dictados al amparo de la conocida como Ley Habilitante, abundan las normas de ese tipo, destinadas a crear un orden justo y a corregir viejos vicios en diferentes ámbitos de la vida nacional. Aunque hay también en muchas de ellas disposiciones desacertadas, y hasta disparates de carácter jurídico, político y social. La forma inadecuada y torpe como muchos sectores de la oposición enfrentaron esas leyes determinó que, en relación con ellas, se produjese una especie de satanización, de modo que se impuso una matriz de opinión prejuiciada, según la cual todas esas leyes son, cada una en su totalidad, negativas y perjudiciales para el país, creencia que de esa manera, franca manipulación de conciencias, se arraigó aun en personas que nunca las han leído.

A esa reacción de sectores de la oposición contra dichas leyes, en gran parte interesada, se agregó la forma agresiva, francamente atemorizante, como el presidente Chávez anunció reiteradamente la próxima aprobación de esas leyes, lo cual contribuyó enormemente a crear ante ellas una atmósfera de temor y de rechazo.

Se trata de humanizar el capitalismo salvaje

El problema, pues, que hoy plantea el actual gobierno del Presidente Chávez no es, como ya dije, ideológico. Su pensamiento y sus propósitos, desde luego, en algo podrían afectar intereses económicos de los sectores poderosos que han mantenido durante toda nuestra

historia un dominio casi absoluto sobre la política, la economía y, en general, sobre todas las actividades propias de una sociedad como la nuestra. Y ha sido un dominio en función de sus propios intereses, en detrimento del interés social y del bienestar de toda la población. De tal suerte que ese orden establecido ha conducido al país al desastroso estado en que se encuentra, pues si bien la política errática y torpe del actual gobierno tiene una enorme cuota de responsabilidad en la crisis que hoy sufrimos, ello no ha sido sino el agravamiento, hasta cotas inauditas, de la situación a que habíamos llegado tras cuarenta años de gobiernos que, aun cuando habían sido, al margen de vicios y errores, legal y democráticamente electos, habían aplicado, ellos también, políticas desastrosas, bajo el imperio de la ineficacia y de una desenfrenada corrupción administrativa. Y esos gobiernos, en el período que va de 1958 a 1998, más allá de episódicas escaramuzas entre los para ese momento directivos de FEDECÁMARAS y algunos gobernantes de turno, se caracterizaron, entre otras cosas, por el dominio que sobre ellos ejercían los sectores económicamente poderosos, en función de cuyos intereses aquellos gobernantes, *mutatis mutandi*, ejercieron sus respectivos mandatos. De tal suerte que el empresariado venezolano, con las debidas excepciones, fue cómplice de esos gobiernos, mejor aún, coautores del desastre.

Lo dicho no significa que yo coree las diatribas que Chávez y sus seguidores repiten incesantemente contra los cuarenta años vividos en Venezuela desde 1958. Fueron, a mi juicio, cuatro décadas de democracia imperfecta, bajo el signo ominoso, como ya dije, de la incapacidad y la inmoralidad administrativa, que nos condujeron a la situación catastrófica que vivíamos en 1998, cuando insurge como gobernante Hugo Chávez Frías. Pero también hubo en ese lapso importantes logros en diversos ámbitos de la vida nacional. No me detengo a enumerarlos porque no es el tema de estas reflexiones, y porque, además, todo el mundo los conoce. Sólo quiero dejar constancia de mi pensamiento al respecto, y decir, de paso, que es viejo e inveterado vicio venezolano que los gobernantes utilicen los errores del pasado para tratar de justificar su propia incapacidad.

En todo caso, las reformas propuestas por el gobierno de Chávez, aunque algunas de ellas afecten en algo los intereses de los empresarios y demás sectores poderosos, no son para ellos una amenaza real en el grado en que muchos han pretendido, de manera engañosa,

hacer ver. Son, además, reformas dentro de un sistema que sigue y seguirá siendo inevitablemente capitalista, entre otras razones porque históricamente no está planteado actualmente, ni lo estará en muchos años, la sustitución de dicho sistema por otro más justo y avanzado. Se trata, simplemente, de que los grandes empresarios tomen conciencia de las intolerables injusticias y desigualdades sociales del sistema por ellos mantenido, de consuno con los gobiernos que hemos padecido, y sin cambiar de sistema, acepten ganar un poco menos en aras de mejorar las condiciones de vida y de trabajo de la inmensa mayoría de venezolanos que hoy viven en la miseria y padecen una inicua explotación. Se trata, en suma, de humanizar, hasta donde sea posible, ese capitalismo salvaje que denunció el Papa Juan Pablo II.

Un problema de ingobernabilidad

El problema, entonces, que plantea el actual gobierno no es, insisto, de carácter ideológico, sino de orden práctico: es un problema de ingobernabilidad, más exactamente, de incapacidad para gobernar. El Presidente ha demostrado, en los tres años de gobierno que ya ha consumido, no sólo una grave inexperiencia obviamente explicable, y por lo mismo tolerable, sino también una total impermeabilidad ante las realidades del poder, que le impide ir adquiriendo esa experiencia que le falta, y aprender cada día el difícil oficio de gobernante. No es cuestión de poca inteligencia, pues es evidente que la tiene de sobra. Ni tampoco de no saber lo que quiere, pues ya dije que sus ideas políticas son claras, aunque heterogéneas, y, en su mayoría, apuntan a propósitos sanos, nobles y realizables. El problema es que no sabe cómo aplicarlas, y hasta el presente se ha negado a aprender cómo hacerlo.

Lo primero que demuestra lo dicho está en la errada escogencia de sus colaboradores inmediatos, los que tienen la tremenda responsabilidad de trabajar en equipo para diseñar, junto con el Presidente, las grandes políticas gubernamentales, y dirigir, cada uno en su esfera de competencia, pero coordinadamente, la aplicación práctica de esas políticas. Esta errática escogencia de ministros y demás funcionarios del más alto nivel se agrava por el hecho de que, por un lado el Presidente cambia funcionarios incompetentes por unos aún más incompetentes, mientras por otro lado se aferra a algunos de comprobada igual

incompetencia, demostrando de ese modo una gran ligereza en la selección de sus colaboradores y una total incoherencia en el manejo de una política que es vital para cualquier gobernante.

En segundo lugar, el Presidente Chávez ha convertido en política de estado las peculiaridades de su carácter y de su fuerte personalidad, sin darse cuenta de que muchas de ellas son incompatibles con la función de gobierno, y se convierten en serios obstáculos para una sana actuación gubernamental. Desde los inicios de su gestión, y aún antes, durante su primera campaña electoral, ante la intemperancia de su discurso político se dijo mucho, tratando de explicar y hasta de justificar su comportamiento a todas luces inadecuado, que ése era su estilo personal, y que debía aceptársele como es. Ante tal señalamiento muchos pensamos que era razonable, y que Chávez iría aprendiendo, en el ejercicio del poder, a controlar sus impulsos y a administrar ése su estilo personal, para sacar de él algún provecho cuando fuese posible, pero sin teñir de manera permanente su gestión presidencial. Mas no ha sido así, y a lo largo de sus tres años de gobierno hemos visto cómo su intemperancia, su tendencia a la diatriba y a la violencia verbal, su empeño en ver enemigos en todas partes, su intolerancia, su propensión al pleito callejero y a usar con frecuencia un lenguaje chabacano, destemplado y aun soez, en lugar de ir aminorando con las enseñanzas del ejercicio gubernamental, más bien han ido in crescendo. Todo ello ha perjudicado notablemente la imagen del Presidente y coloreado muy negativamente su política, aun en aquellos aspectos donde ésta ha sido positiva. Veamos un ejemplo.

Política internacional

Una de las políticas del gobierno de Chávez más criticadas ha sido su política internacional. Casi todos los políticos de oposición, en especial los internacionalistas y comentaristas políticos, han censurado y escarnecido acerbamente la política internacional de este gobierno, y particularmente en relación con los Estados Unidos. Quizás la única excepción ha sido Teodoro Petkoff, quien ha reconocido lo justo y positivo de esa política internacional, en lo tocante a la defensa de la soberanía nacional, aunque sin dejar de

criticar, también muy duramente, los procedimientos y el lenguaje empleados por el Presidente en el ejercicio de esa política.

Comparto tal posición de Petkoff. Lo malo de la política internacional de Chávez no ha sido el fondo de la misma, sino la manera desafiante como la ha planteado, en particular frente a los Estados Unidos, y en contraste, por cierto, con quienes han sido sus ministros de relaciones exteriores y otros colaboradores, que han empleado en ello un lenguaje comedido y de sana diplomacia.

Dentro del marco de esa política también se ha criticado mucho al Presidente, por la manera como ha llevado las relaciones con países fuertemente enemigos de Estados Unidos, como Cuba, Irán, Irak y Libia. En su defensa se ha replicado, con toda razón, que Venezuela, como país soberano, es libre de mantener relaciones con quien desee y convenga a los intereses nacionales, incluyendo visitas a los países que se quiera, particularmente en los casos de Irak, Irán y Libia, que por ser productores de petróleo, miembros muy importantes de la OPEP, son de importancia vital para Venezuela. Lo malo ha sido que esta política, justa y conveniente para el país, el Presidente la ha manejado como un asunto personal, y frente a figuras sumamente controversiales, como Fidel Castro, Saddam Hussein y Muammar Gadhafi, se ha comportado más como amigo personal, como si fuesen sus panas, y no como un Jefe de Estado ante otros Jefes de Estado. Y ese estilo de mezclar la relación personal y amistosa con la política y la diplomacia tiene efectos muy negativos. El Presidente pareciera regocijarse abrazándose a cada rato con Fidel Castro, Hussein y Gadhafi y llamándolos sus hermanos, lo cual produce la impresión, cierta o falsa, de que lo hace conscientemente con el deliberado propósito de molestar al gobierno estadounidense. No digo que ésa sea su intención, sino que es la impresión que en mucha gente produce. Se trata de una actitud ostentosa, innecesaria, además de ridícula, que refleja también una evidente inmadurez en el Presidente venezolano.

Dentro de esa conducta ostentosa y desafiante en el manejo de una política internacional independiente y soberana, esencialmente justa, se inscribe también la casi maniática obsesión por los viajes al exterior, que además de resultar sumamente onerosos para un país con graves problemas económicos y de una crónica insuficiencia financiera, le dan a cada rato ocasión de aplicar aquella concepción personalista y amiguista, con ribetes infantilistas, de las relaciones con algunos jefes de estado enemigos radicales de los Estados

Unidos. Con estos viajes se ha dado el caso insólito de que un jefe de estado visite oficialmente dos o tres veces a un mismo país en un corto período de tiempo.

El caso de Cuba y Fidel Castro

Un caso muy especial es el de los vínculos con Cuba y con Fidel Castro. Desde luego que nuestras relaciones con Cuba deben enmarcarse en la vieja tradición de hermandad genuina y legítima, como naciones que tenemos un mismo origen histórico. Por esa relación casi natural, así como por la cercanía geográfica y la pertenencia de ambos países a la región caribeña, se justifica todo tipo de mutua cooperación entre los dos. No hay duda de que, por ese común origen histórico, así como por nuestra comunidad espiritual y nuestra identidad étnica y cultural, Venezuela está mucho más cerca de Cuba que de los Estados Unidos. Sin olvidar, por supuesto, que con los Estados Unidos tenemos una relación económica vital, que hace que con ellos las relaciones diplomáticas deban ser también privilegiadas y manejadas con una especial delicadeza.

Pero es evidente que el carácter ostentoso que el Presidente ha dado a las relaciones con Cuba, y en particular a las suyas personales con Fidel Castro, un líder a quien admiro y por quien siento un especial afecto y una amplia solidaridad, más allá de lo criticable que puedan parecer algunas de sus actuaciones, ha sido tan equivocada, que incluso ha resultado sumamente perjudicial para la propia Cuba y su líder principal. El Presidente, en efecto, ha logrado despertar en densas capas del pueblo venezolano una animadversión contra Castro y la Cuba revolucionaria, como nunca antes había ocurrido en nuestro país. El pueblo venezolano, ciertamente, es en su mayoría anticomunista y antifidelista. Sin embargo, nunca, en los cuarenta y tantos años transcurridos desde el triunfo de la Revolución Cubana, ese anticubanismo y antifidelismo había sido beligerante y agresivo, como lo es ahora, por obra de ese estilo ostentoso y desafiante con que el Presidente ha manejado sus relaciones con Cuba y su gobierno.

Las relaciones con Colombia

Algo parecido habría que decir de nuestras relaciones con Colombia. Con este otro país hermano existen vínculos históricos aún más fuertes y profundos, aunque al mismo tiempo

tenemos también las dificultades propias entre países fronterizos, máxime cuando se trata de una frontera sumamente extensa, que por ello facilita males tradicionales, de por sí irritantes para ambos países, como el contrabando y el ingreso constante de indocumentados, que en este caso, por diversas razones, siempre ha sido más en perjuicio nuestro que de Colombia.

Todo ello se ha agravado en las últimas décadas por la presencia activa de guerrilleros colombianos en diversos puntos de la frontera, y por la frecuente incursión de ellos en territorio venezolano, con diversos propósitos, especialmente el secuestro de venezolanos para exigir grandes sumas de rescate, fuente importante de financiamiento para el movimiento guerrillero. A lo cual se suma, para empeorarlo todo, la utilización constante de la extensa frontera para el narcotráfico, que, a su vez, tiene vínculos importantes con grupos guerrilleros.

Tan compleja y delicada situación obliga a mantener con Colombia unas relaciones diplomáticas sumamente fluidas, cuidadosas y sutiles. Estas relaciones pasan por la necesidad de tener también, por diversas razones, algún tipo de relación con los grupos guerrilleros que operan en la frontera, en algunos casos como una colaboración con el propio gobierno colombiano, pedida o aceptada por éste, en la búsqueda de un entendimiento que logre la paz definitiva en el país hermano, y en otros, en defensa de nuestros propios intereses.

Mas la política del actual gobierno en este punto no ha sido todo lo cuidadosa y fina que se requiere, y, sin que esté claro si es realmente así o una mera apariencia, algunos hechos dentro de esa política pudieran dar la impresión de que el Presidente Chávez siente alguna simpatía por los guerrilleros colombianos. Lo cual, como es obvio, no sólo exacerba las voces de oposición venezolana a su gobierno, sino que también irrita al gobierno y a importantes factores de la vida pública de Colombia. El Presidente pareciera no entenderlo, y quizás piensa que mencionando al Presidente Pastrana por su nombre de pila, Andrés, como si fuesen viejos amigos y camaradas de juegos infantiles, se impone en la opinión pública de ambos países la convicción de que las relaciones entre ambos países es de un alto grado de comprensión y fraternidad.

Los periodistas y los medios de comunicación

Uno de los factores más irritantes en la gestión gubernamental del Presidente Chávez, y que más la han perjudicado, ha sido su relación con los periodistas y con los medios de comunicación. Sus tres años de gobierno han sido de una pugna constante entre él y los medios, un escabroso ejercicio de intemperancia, de enconada diatriba y de inaudita torpeza. Pareciera que estuviésemos ante una interminable competencia de insultos, de injurias, de agravios, un ejercicio de agresividad y vituperio, cada quien en busca constante del mayor denuedo, apelando a cada momento a un lenguaje cercano, por decir lo menos, a lo escatológico, un lenguaje rastrero, chabacano, francamente soez.

Con frecuencia se dice que nunca un gobernante venezolano había sido blanco de ataques e improperios tan brutales como Hugo Chávez. Y ello se esgrime a menudo como demostración de que en Venezuela existe hoy una libertad de expresión prácticamente irrestricta, como tampoco antes había existido. Quizás sí, aunque no debemos olvidar que en el siglo XIX el lenguaje político cayó muchas veces a los más bajos niveles de la indecencia y la insensatez. Pero, correlativamente, tampoco habíamos tenido hasta el presente un presidente tan pugnaz, tan dado al insulto y a la incontinencia verbal como Hugo Chávez Frías.

¿Por qué y cómo llegamos a esto? Generalmente, al tratar de analizar fenómenos de este tipo, cuando se piensa en quién o de qué lado se inició esa cadena de improperios y de insolencias, se alega que el problema no está en saber quién lanzó la primera piedra. Eso está bien, pero no siempre. En este caso creo que vale la pena saber cómo y por quién se inició el desbordamiento.

Una sencilla investigación en las hemerotecas y en los archivos de la radio y la televisión pondrá en claro que, durante la primera campaña electoral de Chávez como candidato a la presidencia, los medios de comunicación, casi sin excepción, fueron benévolos, por decirlo de algún modo, con su candidatura, y algunos medios impresos de los más importantes incluso lo favorecieron, aunque de manera discreta. Tal actitud de los medios se mantuvo ya Chávez electo presidente, y durante los primeros meses de su gobierno. Se hacían críticas a su gestión, pero dentro de los parámetros normales en todo país de régimen democrático. Incluso el famoso discurso que Chávez improvisó, a las puertas del Ateneo de Caracas, la misma noche de su elección, en el que empleó un lenguaje equilibrado, unitario, de gran sindéresis y ponderación, en fuerte contraste con el discurso pugnaz, agresivo y

atemorizante de toda la campaña electoral, fue entusiastamente elogiado por los medios, y en general por toda la población, que creyó ver en ese discurso una razón sólida para cifrar sus esperanzas en el nuevo gobierno. Sin embargo, a pocas semanas de su investidura presidencial fue retornando a la agresividad de la campaña, y volvió adoptar un lenguaje crecientemente pugnaz, expresión de una actitud intolerante, sectaria, excluyente de todo el que no cuadrara con sus designios de jefe o caudillo de una supuesta revolución bolivariana que no tolera la más leve disensión.

Como es natural, la gente de oposición y los medios fueron respondiendo con sus críticas, pero Chávez, cada vez más intolerante, en lugar de reflexionar y atemperar su lenguaje, fue subiendo el tono de su contrarréplica, y los medios, a su vez, fueron subiendo el suyo, hasta llegar a lo que hoy vemos con gran alarma y honda preocupación. Valdría la pena que se hiciera una investigación al respecto. La evolución de ese lenguaje, de parte del Presidente y de parte de los medios de comunicación, sería un excelente tema para una tesis universitaria.

En este desbordamiento verbal, vergonzosa expresión del enfrentamiento entre el Presidente y los medios de comunicación, toca, sin duda, la mayor responsabilidad al Presidente. Porque, aun admitiendo que los medios, lo mismo que muchos personeros de la oposición, han caído en la trampa y adoptado un lenguaje intemperante y agresivo, como respuesta a la agresividad verbal del Presidente, éste no ha sabido adoptar la actitud que le corresponde, dada su alta investidura. No puede, en efecto, un jefe de estado estar a cada rato ante los micrófonos respondiendo él mismo directamente, y casi sólo él, a las críticas y al lenguaje de sus opositores, por injusto e inadecuado que éste le parezca. Menos aún puede un jefe de estado responder o contraatacar a sus opositores con un lenguaje destemplado, injurioso, mitinesco. La ausencia, tan criticada aun por los mismos partidarios del Presidente, de una política comunicacional del gobierno, comienza precisamente por el hecho de que el Presidente parece haber adoptado el papel de único vocero de su gobierno, mientras ministros, viceministros y demás funcionarios de alto nivel permanecen mudos, a lo sumo haciéndole coro a su jefe en sus tediosas cadenas radiotelevisivas y en su programa de radio, unos mirándolo con embeleso, otros asomando sus sonrisas de idiotas, y algunos hasta bostezando o cabeceando ostentosamente.

A esta dolorosa realidad se agrega la agresión directa a los periodistas y a los medios de comunicación. No es imputable al Presidente, por supuesto, la agresión física que han sufrido algunos periodistas y camarógrafos de periódicos y estaciones de radio y de televisión, ni el acosamiento, de corte netamente fascista, a algunos medios, con el propósito de amedrentarlos, como el perpetrado contra el diario El Nacional y las amenazas a otros medios. Las agresiones perpetradas han sido difundidas por los mismos medios, y en especial la televisión ha mostrado la magnitud y la gravedad de tales acciones. Pero es evidente que, ante ellas, el Presidente, en vez de condenar semejantes hechos y llamar a sus partidarios a la prudencia y la tolerancia, más bien, al pretender justificar y hasta enaltecer aquellos desbordamientos, incita a sus seguidores a cometer tales desafueros.

Lo más grave es la ineficacia administrativa

Con todo, lo más grave de la hora actual venezolana es la ineficacia del gobierno. La administración pública, con Chávez a la cabeza, luce como un gigantesco aparato desarticulado, excesivamente lento, en muchos aspectos totalmente paralizado, errático, que se mueve de manera torpe y tambaleante. Como consecuencia, los servicios públicos, o son ineficaces, o simplemente no existen. Los vicios y deficiencias de la administración pública de que tanto nos quejábamos durante los cuarenta años de la llamada Cuarta República, hoy se han multiplicado hasta límites inauditos.

Una de las características más notorias de esta administración es la ausencia de interlocutores en las dependencias públicas. Cualquier ciudadano que necesite plantear algún problema, solicitar un servicio, obtener un documento, pedir una simple información, no sabe a dónde recurrir y no hay quién se lo informe; y cuando logra saberlo y va a donde debe ir, no es atendido con prontitud, y muchas veces ni siquiera con tardanza. Obtener un documento de identidad (cédula o pasaporte), despachar una carta por el correo nacional, cobrar una beca o una pensión, recibir atención médica u hospitalaria, hasta acudir a una taquilla para pagar un impuesto son verdaderas calamidades, en las que se pierde gran cantidad de tiempo, se cosechan maltratos y humillaciones, se gastan energías, se experimentan molestias y disgustos, y después de todo ello, muchas veces ni siquiera se obtiene lo que se busca. Y la mayoría de las veces, para obtenerlo, a todas esas molestias debe agregarse la necesidad de pagar soborno a uno o más funcionarios de baja o mediana

categoría, único aceite que lubrica y hace funcionar, aunque sea torpemente, aquella espantosa maquinaria burocrática. Todo ello a pesar de que existe una burocracia hipertrofiada, verdadera sangría de los recursos del Estado, gran parte de los cuales son nuestro propio dinero pagado en impuestos.

La corrupción impune

La promesa de Hugo Chávez más reiterada y mejor recibida, determinante en gran medida de su triunfo abrumador, fue la de acabar con la corrupción, que desde hace décadas había invadido ese inmenso aparato burocrático como un poderoso virus, resistente a todos los antidotos, y que desde su mínima expresión, ese soborno de menor cuantía al funcionario de bajo nivel, iba subiendo a las diversas instancias hasta llegar a las más altas esferas gubernamentales, donde se cobraban jugosas comisiones y se urdían trucos y patrañas para robar descaradamente los dineros públicos. Y precisamente por haber sido la gran promesa, el gran fracaso del gobierno de Chávez ha sido, ni siquiera la incapacidad para acabar con la corrupción, sino la manera escandalosa como el terrible virus ha aumentado considerablemente su potencia y afianzado su impunidad.

Autoritarismo y militarismo

Una de las acusaciones más repetidas contra el Presidente Chávez es su presunto autoritarismo. De que es un hombre autoritario, arrogante, impositivo, con una evidente vocación caudillesca y mesiánica, no hay la menor duda, porque es algo que se percibe sin mayor esfuerzo, no sólo en la forma y contenido de sus discursos, sino incluso en su lenguaje corporal. Sin embargo, paradójicamente estamos viviendo en Venezuela en un clima muy cercano a la anarquía, en el que lo que más se percibe es la ruptura de todo sentido de autoridad. Un clima donde no se reconoce jerarquías, ni se admiten escalas de poder, ni se acatan órdenes o disposiciones de ningún tipo, ni se respetan normas legales o éticas. Clima que es auspiciado desde arriba, por el propio Presidente de la República.

También se ha denunciado con insistencia lo que se ha señalado como una tendencia militarista en Chávez, una propensión a hacer de su gobierno un híbrido, muy peligroso, de lo político y lo militar. Es notoria, en efecto, la tendencia a designar oficiales de las Fuerzas

Armadas, activos o en retiro, para altos cargos, como son los de ministros, viceministros y directivos de institutos autónomos, amén de embajadores y otros de diversa índole. Igualmente su empeño en propiciar, en los respectivos comicios, la elección de militares para los cargos de Gobernador en varios Estados.

La oposición

Ante esta situación tan sombría hay que lamentar la ausencia de una oposición propiamente dicha, organizada, seria, contundente, capaz de servir de verdadero contrapeso y de control político ante los desmanes del gobierno, como es el papel que a la oposición corresponde en una auténtica democracia.

Desde luego que hay en todo el país densas masas de población, al parecer mayoritarias, opuestas al gobierno de Chávez buena parte de ellas, por cierto, constituida por gente que inicialmente lo apoyó, que le dio su voto en los diversos procesos electorales que se realizaron a partir de 1998, y que luego, decepcionados, le retiraron su apoyo. Pero, como los partidos tradicionales cayeron en un total desprestigio, y prácticamente fueron barridos en las elecciones de ese año a las cuales concurren ya sumamente debilitados y en franca descomposición desde las elecciones anteriores, de 1993, en que, por primera vez en los cuarenta años ininterrumpidos de democracia se eligió a un candidato no respaldado ni por Acción Democrática ni por COPEI, sino más bien en contra de ellos, esa masa heterogénea, verdadero mosaico ideológico y clasista, no forma una auténtica oposición, sino un movimiento aluvional de rechazo al Presidente, de grupos e individualidades que asumen tal posición por diversas razones. Mucho se ha dicho que ésa ha sido la causa por la cual, en una evidente anomalía, los medios de comunicación han asumido la función opositora, que en una situación normal corresponde a los partidos políticos.

Esa masa heterogénea que se opone al gobierno de Chávez, que en su gran mayoría rechaza a los partidos, y que reúne a sectores tan disímiles, y aun opuestos, como los empresarios agrupados en FEDECÁMARAS y otras asociaciones patronales; los trabajadores pertenecientes a los sindicatos que forman la CTV; otros trabajadores independientes y no sindicalizados; un inmenso sector de clase media (profesionales, intelectuales, empresarios pequeños y medianos, amas de casa, maestros y profesores, etc.); militares retirados y, al parecer, también algunos activos; familiares de estos últimos; la Jerarquía Eclesiástica y la

Conferencia Episcopal, amén de sectores vinculados a ellas, etc., gente, además, de diversas clases sociales e ideologías políticas, se ha venido unificando en un propósito común: presionar la salida de Chávez del gobierno, según el sentimiento de una gran mayoría, por una vía legal y democrática, sin el trauma de un golpe de estado. Una unidad parecida a la que se formó en enero de 1958 con el propósito de sacar a Pérez Jiménez del poder, con la diferencia de que en aquella ocasión las circunstancias obligaban a propiciar el golpe militar, porque no había ninguna posibilidad de salir política y legalmente de la dictadura.

Desde este punto de vista, la unificación de esa gran masa pluriideológica y multclasista se justifica plenamente, no obstante que, desde el ángulo ético, hay en ella una evidente promiscuidad. Por eso es necesario llamar la atención sobre los peligros que en ella se esconden.

Se trata, en efecto, de una alianza coyuntural, definida por una necesidad perentoria, como es presionar un cambio de gobierno por la vía pacífica, democrática y legal, pero en la cual la presencia de sectores muy poderosos, por definición reaccionarios y de derecha extrema y moderada, determina una tendencia a hacer que, una vez logrado el objetivo propuesto, la balanza se incline a favor de ellos. Que fue lo que ocurrió el 23 de enero de 1958, pese a que en aquella ocasión la alianza fue propiciada por los partidos agrupados en la Junta Patriótica, con preponderancia del Partido Comunista. Pero este partido nunca se planteó la toma del poder, ni siquiera a favor de los sectores de izquierda no marxista. Lo cual trajo como consecuencia que la acción promovida por la Junta Patriótica, incluyendo la huelga general del 21 de enero, y que culminó con el golpe militar inducido por la insurrección popular del pueblo caraqueño, terminara por ser capitalizada por Acción Democrática y COPEI, aliados junto con URD en el Pacto de Punto Fijo. Por eso es una falacia decir que el Pacto de Punto Fijo traicionó los ideales del 23 de Enero, puesto que, como ya dije, en aquel momento no se planteó el propósito de formar un gobierno popular y revolucionario, sino el objetivo concreto y coyuntural de derrocar la dictadura. Si a mediano plazo hubo traición por parte de Acción Democrática y de COPEI fue contra el pueblo venezolano, por haber gobernado alternadamente durante casi cuarenta años en función de sus intereses partidistas y personalistas, en detrimento de los intereses nacionales y populares. Pero no

traición a los ideales del 23 de Enero, que, como ya dije, nunca existieron más allá de echar a Pérez Jiménez de Miraflores.

Lo importante es que los sectores e individualidades democráticos, progresistas y de izquierda que concurren a esta alianza, sepan muy bien quiénes son sus aliados. No es posible olvidar, por ejemplo, que FEDECÁMARAS, junto con la Iglesia y las Fuerzas Armadas, fueron las tres patas que sostuvieron a Pérez Jiménez durante casi diez años. Fue sólo al final de la dictadura, ya en 1957, cuando numerosos empresarios, individualmente, y no FEDECÁMARAS como institución, empezaron a dar muestras de cansancio ante la dictadura, y a respaldar las acciones de la Junta Patriótica, hasta culminar con el apoyo masivo a la huelga general del 21 de enero en Caracas.

Lo mismo ocurrió con la Iglesia. Mientras ésta estuvo encabezada por Monseñor Lucas Guillermo Castillo como Arzobispo de Caracas, el apoyo oficial de la Jerarquía Eclesiástica a la dictadura fue total y activo. Afortunadamente, a la muerte de Monseñor Castillo, en setiembre de 1955, lo sucedió en el arzobispado Monseñor Rafael Arias Blanco, prelado de ideas liberales y democráticas, quien paulatinamente fue llevando la Iglesia a una posición de rechazo a la dictadura, hasta culminar con la famosa Pastoral del primero de mayo de 1957, en que se denunciaba la situación política y social del país bajo el despotismo pérezjimenista, lo cual significó la ruptura definitiva con el dictador. Desde luego que, durante todo el sombrío período de la dictadura pérezjimenista hubo empresarios y sacerdotes democráticos, que lucharon contra ella, muchos de los cuales sufrieron persecución, cárcel, exilio y hasta la muerte de manos de la policía represiva; pero lo hicieron individualmente, en contraste con la actitud sumisa y cómplice que oficialmente asumieron la Jerarquía eclesiástica y FEDECÁMARAS.

¿Hasta qué punto la FEDECÁMARAS y la Iglesia de hoy, igual que la CTV cuya dirigencia es la misma corrupta y reaccionaria del pasado reciente, concurren a esta gran alianza con propósitos de sacar partido para sus intereses non sanctus? No planteo esta interrogante con ánimo de debilitar esa gran alianza antichavista. Sólo pretendo alertar a los sectores verdaderamente democráticos y de izquierda sobre lo que es una mera posibilidad, especialmente porque me preocupa que allí estén individuos y grupos de pensamiento avanzado, haciendo causa común con aquellos sectores reaccionarios y ultraderechistas, sin hacer un mínimo esfuerzo por diferenciarse de ellos.

Sé, por otra parte, que desde 1958 hasta hoy han transcurrido muchos años, y que actualmente hay numerosos empresarios y muchos sacerdotes con ideas avanzadas y progresistas, ajenas al pensamiento reaccionario y ultraderechista de otros, y con quienes se puede marchar por una causa común sin rubor y sin peligro. Otros, en cambio, siguen siendo los mismos trogloditas del pasado, para quienes lo esencial es defender sus intereses económicos y clasistas real o supuestamente amenazados, y con tal propósito se alían con quien sea, en el entendido de que una vez logrado el objetivo común, en este caso la salida del Presidente Chávez del gobierno, les darán una patada en el trasero a aquellos sectores e individualidades progresistas, y valiéndose de su poder económico impondrán en el nuevo régimen su control absoluto.

¿Cómo salir de la crisis?

Es evidente que el creciente agravamiento de la crisis torna la situación cada vez más ingobernable, ante lo cual es inevitable plantearse cómo salir de la crisis. Cómo salir de la crisis en su aspecto coyuntural, pues la profundidad del aspecto estructural de la misma señala que el solo cambio de gobierno no va a resolver los graves problemas económicos y sociales que padece el país. Pero no hay duda de que la solución de los mismos, no de inmediato, sino gradual, a mediano y a largo plazos, requiere como condición un cambio en la política gubernamental que facilite esa solución, en vez de entorpecerla y agravar la crisis, como ocurre en la actualidad. Ahora bien, ¿cómo lograr ese cambio?

1) Si se trata de la salida del Presidente Chávez del gobierno, se plantean varias alternativas. Una, que debe descartarse de antemano, por lo peligrosa que sería, es el golpe de estado, o militar o en una alianza cívico-militar. Sería el caso extremo, cuyos riesgos lo hacen tanto o quizás más peligroso que la permanencia misma de Chávez en la presidencia de la República.

2) Una segunda alternativa sería la renuncia del Presidente, la designación de un presidente provisional, de conformidad con las previsiones constitucionales, y la convocatoria a unas nuevas elecciones. Esta salida es viable, pese a la opinión de muchos que no creen que el Presidente Chávez sea capaz de renunciar. Lo que ocurre es que el Presidente ha creado, no sé si intencionalmente o no, una imagen de dureza de espíritu, de fortaleza de ánimo, de coraje cívico, que lo haría impermeable a todo tipo de presiones y se aferraría al poder de

una manera absoluta. Yo no creo en eso. Creo que una presión fuerte, que lo lleve al convencimiento de que ha perdido el respaldo de la mayoría de los venezolanos, lo haría renunciar. Una de los obstáculos para esto es que, por esos mecanismos psíquicos difíciles de comprender por los profanos, él se obnubila y no ve la realidad, creyendo, entre otras ilusiones, que aún conserva el respaldo entusiasta de las grandes mayorías nacionales. Su reacción ante la contundencia del paro cívico del 10 de diciembre, y sobre todo ante la impresionante manifestación antichavista del 23 de enero, es sincera. Él vio en esas dos manifestaciones lo que quiso ver, impresión falsa que le alimentan y acrecientan muchas de las personas de su entorno, impidiéndole de ese modo ver la realidad. Pero esa obnubilación no dura todo el tiempo, y hay un momento en que la realidad termina por imponerse. Llegado ese momento el Presidente Chávez acabaría por abandonar voluntariamente el poder.

3) Una tercera posibilidad, variante de la anterior, está en que las Fuerzas Armadas, o por lo menos sectores importantes de ella, se sumen privadamente a la presión popular, y terminen de convencerlo de la necesidad de su renuncia. Esta salida tendría el inconveniente de la intromisión de las Fuerzas Armadas en un asunto esencialmente político, aunque de todos modos se preservaría la legalidad, puesto que la salida del Presidente sería por renuncia, y no mediante un derrocamiento militar propiamente dicho.

4) Otra salida a la crisis se basa en la permanencia de Chávez en la presidencia, previa una amplia rectificación de su comportamiento. Esta sería la solución ideal. Consistiría en que el Presidente tomase las siguientes decisiones (su orden es arbitrario, no jerárquico):

a) Eliminación total de las cadenas radiotelevisivas, salvo en los casos de emergencia previstos en la legislación de la materia.

b) Adopción de una política comunicacional ágil, técnicamente bien diseñada, que mantuviese un adecuado flujo de información sobre las actividades gubernamentales.

c) Supresión en las comparecencias del Presidente ante los medios de comunicación y en las demás actividades oficiales del lenguaje pugnaz, ofensivo, procaz e irritante.

- d) Normalización de las relaciones del Presidente de la República con los periodistas y los medios de comunicación.
- e) Renuncia del Presidente a todo propósito de ejercer control sobre los demás poderes públicos, garantizando la independencia de la Asamblea Nacional, del Poder Judicial, de la Fiscalía General de la República, de la Contraloría General y de la Defensoría del Pueblo. Igual conducta se aplicaría ante las gobernaciones de estado, alcaldías y demás organismos nacionales, estatales y municipales independientes del Poder Ejecutivo Nacional.
- f) Adopción de una política exterior seria, discreta, independiente, soberana y objetiva, manejada sólo en función de los altos intereses nacionales y de la cooperación con todos los países del mundo, en especial los hermanos de Hispanoamérica. Esa política incluiría la reducción al mínimo de los viajes del Presidente al exterior, de modo que se realizarían sólo los que fuesen inevitables, por compromisos internacionales ineludibles o porque lo aconsejasen los altos intereses de la Nación.
- g) Adopción de una efectiva y sincera política de austeridad, que reduzca sustancialmente los gastos del sector público, incluyendo los viajes del Presidente al exterior.
- h) Disposición efectiva a discutir libremente y sin ánimo revanchista, con los sectores de la opinión pública interesados, el contenido de las leyes dictadas al amparo de la Ley Habilitante. Igualmente se haría con las futuras decisiones de alto gobierno que de algún modo pudieran afectar intereses particulares, sin que esto suponga dejación de la competencia del poder público para dictar las normas y decisiones pertinentes.
- i) Cambio total o mayoritario de su gabinete ministerial, sustituyendo especialmente los ministros que hayan perdido la credibilidad, particularmente en el sector económico, que serían reemplazados por figuras respetables y prestigiosas en el campo de su actividad.
- j) Ejercicio por el presidente de su autoridad sobre las organizaciones partidistas y sobre los sectores populares que lo apoyan, a fin de controlar su tendencia al desbordamiento y la violencia contra los opositores, y especialmente sobre los funcionarios gubernamentales que los incitan en tal sentido.

Los puntos aquí señalados serían algo así como un plan mínimo, sin perjuicio de otras medidas aconsejables orientadas hacia el mismo fin. Estas medidas de rectificación, además, son más que todo formales, pero resultan imprescindibles para crear un clima que permita la discusión de los asuntos más de fondo, de modo que, sin que el gobierno deba necesariamente traicionar los principios que lo definen, ni abandonar las reformas programáticas que se proponga realizar, se pueda debatir en los organismos deliberantes y con los sectores de la opinión pública interesados la mejor manera de llevar a cabo esas reformas, sin perjudicar a nadie y en beneficio de los intereses fundamentales del país y del pueblo venezolano.

En tales condiciones, la permanencia de Hugo Chávez en la presidencia sería tolerable, y de manera pacífica y dentro de las previsiones constitucionales, quienes lo desearan podrían hacer uso del referéndum revocatorio del mandato presidencial en la oportunidad señalada en la Constitución, o llegar al final del período y dejar al arbitrio del pueblo, mediante las elecciones para el próximo período presidencial, la decisión final sobre la salida definitiva de Hugo Chávez de la presidencia, o su reelección para un nuevo período constitucional.

Insisto en que ésta sería la salida ideal a la actual crisis, la cual supone, además, una rectificación por parte del presidente Chávez, pero igualmente una revisión y un reajuste del comportamiento de los distintos sectores de la oposición.

Caracas, 19 de febrero de 2002.